El paraguayo en el reservado

Un amigo sostiene, con entera convicción, que el mejor negocio en el Paraguay no es obtener la franquicia de Burger King, tampoco adjudicarse licitaciones, mucho menos construir represas hidroeléctricas, ni tener el monopolio de la fabricación del papel higiénico, ni casarse con la hija gorda de un general, sino edificar un albergue transitorio, un reservado, en zonas de ciudades como San Lorenzo o Fernando de la Mora. Una falsa apreciación de muchos es creer que los reservados están en la ciudad de Lambaré, la mayoría de ellos geográficamente se encuentran en Asunción.

En el Paraguay, los reservados han sido construidos y ubicados de acuerdo al nivel económico del visitante; y existen los que tienen módicos y accesibles costos para aquel que desea compartir cómodas y confortables horas en el pasajero hospedaje. Es decir, hay reservados hechos para ricos, para medios ricos, medios pobres y pobres enteros. A continuación detallamos específicamente los moteles adonde en la mayoría de los casos se pasa unas horas, por supuesto, sin el conocimiento ni el consentimiento de la esposa, la novia o la pareja.

Existen reservados lujosos que cuentan con techos panorámicos corredizos, ubicados estratégicamente sobre la cama para observar, si es de noche, la luna y las estrellas, y si es de día, los rayos del sol. Es importante mencionar en éste caso que se debe tener cuidado para evitar alguna granizada inesperada.

Éste nivel de reservado cuenta con cama de agua –uno de los lugares más incómodo para practicar el sexo–, discoteca privada con luces incorporadas, baños saunas, canchas de vóley, jacuzzi masajeadores, sala de estar con alfombras persas, vídeos DVD con películas pornográficas en 3D, sillas ginecológicas especiales, música funcional con karaoke, mesas de villar, frigobar (que incluye todas las marcas de whisky, champagne y cervezas importadas y nacionales), shampoo, jabones y lociones de primera calidad. Las toallas están siempre bien lavadas con un rico aroma, muchas de ellas siempre están como nuevas. Cuando ingresa al motel lujoso no sabe si va a bailar, jugar al vóley de playa, al golf, bañarse en la pileta o jugar a las escondidas.

La peor situación es cuando acude a un reservado lujoso en un taxi. El reservado, como lo indica su significado, es practicar el acto sexual con su compañera en un absoluto marco confidencial, mientras que yendo en un taxi lo ve el taximetrista y las miles de personas a las cuales éste va a ir a chismosear.

Ya algún tiempo atrás, los reservados más clásicos y concurridos ofrecían como un suvenir un cenicero de cerámica impresa en él el nombre del lugar. Algunos ellos eran: “Los Pinos”, “El Rey”, “Guarani”, “Cascavel”, “El sultán”, “El Edén”, “El Gorrión”, “El castillo”, “Regio’s”, “Champagne”, “Le Varón”, “Mediterráneo”, “La isla”, entre otros.

Ese cenicero causó más problemas que el dengue, debido a que si uno se quedaba con el regalo no podía exponerlo en la casa, mucho menos en la oficina y si lo hacía ese cenicero de cerámica se habrá estrellado en la cabeza de más de uno. No tenía sentido su exposición, por lo tanto dejaron de regalarlos.

Los lujosos reservados quedan más o menos retirados de la ciudad. Por obvias razones. Los de baja calidad están en el centro de la ciudad, en su mayoría atendidos por orientales, quienes no se inmutan en golpearle la puerta avisándole cuando acabó su tiempo alquilado. Eso ocurre, claro está, cuando está a punto de llegar a la eyaculación.

Los reservados de baja calidad –y por ende de bajos precios– no tienen ninguna comodidad. Es decir, su negocio no es hacerlo sentir bien, sino proveerle de un espacio privado para acometer, apresuradamente, su apetito sexual con la secretaria, la compañera de trabajo, de facultad o una amiga ocasional que conoció en el transporte público. En éste caso, la comodidad no es lo más importante.

Un viejo adagio criollo señala que por lo general el paraguayo en su primera cita le lleva a su pendeja en el mejor reservado. La segunda o tercera vez ya será mucho más ahorrativo y probablemente le llevará al motel del coreano que se encuentra en el microcentro de la ciudad a un módico costo de treinta mil guaraníes la estadía.

En reservados administrados por orientales, deberá recoger la llave del cuarto atravesando el comedor donde la familia del coreano está degustando un sabroso pollo agridulce acompañado de arroz. Allí, frente a la atenta mirada de la familia del oriental, te pasa una toalla muy gastada y un jaboncito, de esos que vienen en colores.

Los clásicos moteles o reservados baratos son muy populares en su uso; hasta que ve con asombro, a veces, que visitantes anteriores se manifestaron de manera política y sentimental muy particular, y estamparon ingeniosamente en las paredes y la cama de la habitación frases tales como: “Pocha y Rodrigo estuvieron aquí”, “Betty cien por ciento”, “Hugo es mi mejor chongo”, “Lugo p...”, “Alfredo fue el mejor”, “Olimpia Campeón”, “Cerro tu Papá”, “Volvimos, estuvimos de vacaciones”, y alguna que otra calcomanía de algún partido político.

Las anécdotas señalan además que los perros negociaron unas cien veces su estadía en los locales de bajo costo. Una pulsera, la cadenilla de oro y alguna campera de cuero se podrán retirar luego cuando consiga el costo que cubra las dos horas utilizadas del motel céntrico del coreano.

El quemo total es olvidar en el albergue transitorio el teléfono celular y que el dueño del local conteste la llamada de la esposa, quién preguntará y reclamará por la ubicación de su marido, que hace dos horas abandonó el local con la voluptuosa secretaria.

Ricardo Ramírez producciones®